

¿Y si a pesar de las instituciones educativas y los principios ciudadanos se orientara el aprendizaje hacia el ejercicio de la violencia? Este texto aporta datos concretos en este sentido. Pero sobre todo incita a educar para la paz, por un aprendizaje en el que cada ser cuente, con su historia, su mirada, su cultura, su alegría de vivir y su palabra.

EDUCAR PARA LA GUERRA

A cualquier educador que se le pregunte sobre el sentido de su trabajo tendrá una respuesta a flor de labios: el logro del aprendiz como persona, con capacidad para abrirse camino en la vida y construirse como ciudadano. Educamos para colaborar en ese camino que cada ser debe emprender consigo mismo, con el apoyo de la sociedad.

Las expresiones “persona”, “vida” y “ciudadano” no aparecen en el párrafo anterior como meras fórmulas retóricas. Aspiramos a sujetos bien plantados en la realidad, con amor a la vida y a sus semejantes, con actitudes favorables a la existencia en común.

Con todas las limitaciones contextuales del mundo (y en nuestro país las mismas pesan como un mundo), los ideales siempre están presentes, nadie anda diciendo por ahí que educa para reducir la libertad de un ser humano, para la muerte y para la destrucción social.

¿Y si hubiera educadores enfrascados en empresas semejantes? ¿Y si frente a nuestras instituciones y nuestros principios, se contaran por miles quienes orientan los aprendizajes hacia el ejercicio de la violencia?

En 1932 Bertrand Russell se refería a esas posibilidades en su libro *La educación y el orden social*. Señalaba, hablando de las elites que permitieron la conformación del imperio inglés:

“Lo que el látigo es para el caballo, era la vara para el niño (...) Hombres educados bajo la tutela del doctor Keate y de pedagogos similares hicieron de Inglaterra lo que es hoy y llevaron las bendiciones de nuestra civilización a los herejes ignorantes de la India y de África. (...) Los hombres así educados (...) eran capaces de transmitir la severa disciplina a la que habían estado sujetos en su juventud, sin ser conscientes de que lo que ellos consideraban educación había aniquilado su inteligencia y sus emociones a fin de fortalecer su voluntad.”

Bien, bien, se dirá, habla usted de un lejano pasado, desde los años 30 hasta ahora ha corrido casi un siglo y nadie anda manejando las escuelas como quien doma animales.

En 1990 me tocó presenciar un documental televisivo en Guatemala, dedicado a la manera en que eran preparados los cuerpos especiales de lucha en la guerra intestina de ese país, que cobró por lo bajo cien mil vidas de seres humanos. Se trata de los “kaibiles”, muy nombrados por allá. Una muchacha locutora hablaba desde un centro de entrenamiento y en poco más de 15 minutos vimos cómo se templaba a alguien para salir a la guerra. No es el caso aquí entrar en cada detalle, voy directamente al último: un joven de unos 20 años persigue entre la espesura a un ave de hermoso plumaje, consigue atraparla y con los dientes le destroza el cuello..., la cámara se detiene en los labios ensangrentados del hombre que grita de orgullo por la tarea de aprendizaje cumplida. El eje de tales aprendizajes se basa en las siguientes palabras: “Si avanzo, sígueme; si me detengo, aprémame; si retrocedo, mátame”.

Bueno, bueno, otro ejemplo extremo.

Hacia 1988 declaraba Ronald Reagan “hace poco aprendí algo muy interesante sobre los videojuegos. Muchos niños y niñas han desarrollado una increíble coordinación entre la mano y el ojo jugando con estos juegos. La Fuerza Aérea cree que estos niños serán destacados artilleros que deberían volar en nuestros cazas.” (Citado por Craig Simpson, en la revista *Activismo no violento*).

Sucede que a mayor distancia, gracias a la tecnología, es más fácil sentirse lejos de los horrores de la guerra cuerpo a cuerpo o en trincheras. Es posible bombardear una ciudad, porque de lejos parece un mapa (“Y a un mapa distante ¿quién le tiene lástima?”, dice Pedro Salinas en su inmenso poema *Cero*, dedicado a la primera bomba atómica arrojada sobre una ciudad abierta).

Aprendizajes, en suma. Como señala David Grossman, un ex oficial del ejército norteamericano y experto internacional en “killology” (es decir, “asesinatología”) la violencia televisiva se asemeja al condicionamiento mental al que son sometidas las tropas especiales para que, cuando llegue el momento, disparen contra el enemigo. Hay un aprendizaje de la violencia y del acto que lleva a la muerte. “Matar a un semejante, a menos que se trate de un sociópata, no resulta un gesto natural. Hay que aprender a hacerlo.”

No pretendo saturar estas líneas con ejemplos como los apuntados, porque sobran y están disponibles si se da uno a la tarea de buscarlos. Menciono un sitio en internet: peace.moveon.org

Si entre los socios de siempre es posible desplegar una fuerza de más de 300.000 personas en esta guerra santa contra Irak, si el presupuesto de gastos en armas de los Estados Unidos fue en el año 2002 de 343 mil millones de dólares, en tanto que el total internacional alcanzó en ese año 764.000 mil millones de dólares, ¿no será necesario detenernos a pensar en la capacitación de usuarios de las mismas, gente dispuesta a matar?

La expresión “armas” es por demás reduccionista. Parece como si todo ese dinero se fuera en fabricar misiles, tanques y ametralladoras. Pero la cuestión va mucho más allá, porque es preciso preparar a quienes aplicarán tales instrumentos de muerte, enseñar a manejar los recursos informáticos y los mecanismos más manuales, legitimar las acciones, entrenar a tantos buenos muchachos para considerar al otro digno de un balazo o de una bomba de más de 4000 kilos de peso.

Las industrias de la guerra, de la violencia y de la muerte, están sostenidas por un esfuerzo en dirección al aprendizaje, en el cual son gastados los dineros equivalentes a varios presupuestos de educación de nuestros países.

Retomemos la cifra total de las industrias de la muerte: 764 mil millones de dólares. Supongamos, de un modo muy conservador, un 21/2 por ciento dedicado a educar para la muerte a través de escuelas, capacitadores, materiales de estudio, gastos por aprendiz, infraestructura... Estamos ante un total de 19.000 millones de dólares. Al Ministerio de Educación de la Nación le fue asignada en el 2003 la cifra de 330 millones de pesos...

Y no hemos incluido en esas cifras los *cursos preparatorios*, representados por el amplio abanico de ofertas a través de la llamada “educación desinstitucionalizada”, cuya forma más emblemática son los video juegos de corte belicista. Cuando se llega al último tramo de la formación de un guerrero, ya ha habido un largo camino recorrido en esto de jugar a matar a través de lucecitas. Claro que siempre habrá una investigación destinada a refutar los estudios en torno a la influencia negativa en el comportamiento de quienes pasan horas y horas enfrascados en esas guerras, preparatorias de las otras. Sucede que sólo en los Estados Unidos los video juegos dejaron en el 2002 ganancias por 8000 millones de dólares.

Hay, por lo tanto, una educación para la vida, la paz y la ciudadanía, y otra para la muerte, la guerra y la supervivencia a costa del otro, personas o países. Hablo de *todas las guerras*, sean del signo que sean y del alcance que tengan. El señor Hussein es tan indefendible como quienes encabezan ahora la cruzada contra su país, tan indefendible como los iluminados (o enviados) que urden atentados. En todos los casos, quienes quedan atrapadas en esos juegos de poder son las poblaciones civiles para las cuales y con las cuales trabajamos en dirección al aprendizaje.

¿Quiénes son los educadores? ¿Nosotros en medio de todas las privaciones propias de nuestros sistemas sociales, con maestros mal pagos y estructuras a menudo envejecidas, sometidas a la crítica y a la mirada escalpelo de los organismos internacionales? ¿O los dueños de esos inmensos aparatos de destrucción, sostenidos por recursos infinitos, por tecnologías de última generación, por legitimaciones capaces de demostrar que el planeta entero puede ser el enemigo?

Señalemos algunas diferencias: para nosotros cuenta cada ser, con su historia, su mirada, su cultura, su vida hoy y mañana; para ellos un ser humano es su cuerpo, una amenazante maquina de nervios y músculos a eliminar; para nosotros cuentan el tiempo del encuentro, la escucha, el milagro de la palabra, la alegría de compartir; para ellos la velocidad, la eficacia de una bala o de un misil.

Si la Tierra ha sido declarada un campo de batalla, si se impone como un destino la ideología de la guerra perpetua, no hace falta ponerse a adivinar futuros para imaginar hacia dónde irán los dineros y de qué manera se educará.

Un intento de frenar esos horribles embates es protagonizado desde la década del 80 por la UNESCO, con su programa de educación para la paz, dirigido a medios de comunicación y a sistemas de enseñanza. Esa iniciativa ha permitido la generación de materiales y la concreción de experiencias en las cuales han participado, y participan, establecimientos educativos de países como Costa Rica. Quien quiera trabajar en defensa de una educación a favor de la vida y de la construcción de ciudadanía, tiene a su disposición documentos y materiales útiles para integrarlos a diarias actividades.

Porque los educadores y las instituciones educativas no están al margen de esta contienda. Se juega en ella el sentido de nuestra práctica, se juegan opciones radicales en torno a la vida y a la muerte. Cabe acá la expresión de Carl Popper: "Construir civilización, es disminuir la violencia." Educar para la violencia y la muerte, constituye una estrategia muy presente, empecinada en destruir civilización.

Si, como dicen los Redondos, "estamos todos en naufragar" y "nueva Roma ya está", la pregunta por el sentido de una educación para la vida y la paz no puede quedar fuera de nuestro quehacer cotidiano.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, Marzo de 2003